



Lucila Lastero: *Regreso en breve*, Buenos Aires, Ediciones El Mono Armado, 2015, pp. 75.

Obsesionados por ese deseo del decir apretado, surgidos de la paradoja de una brevedad que apuesta por las densidades súbitas de lo irónico, lo sorprendente, lo revulsivo, las minificciones fueron posicionándose durante las últimas décadas como un género en ascenso en la literatura occidental. En el caso de Argentina, numerosos autores fueron signando un derrotero para esta especie literaria, desde pioneros como Borges y Cortázar, hasta escritoras contemporáneas como Ana María Shua o Luisa Valenzuela que hoy son abiertamente reconocidas como modélicas en la materia en el ámbito de la literatura en lengua española. En especial, Ana María Shua ha publicado varios volúmenes aunados temáticamente (*La sueñera*, *Botánica del caos*, *Temporada de fantasmas*, *Fenómenos de circo*) que conforman un muestrario nutrido sobre las alternativas y recursos que la minificción posibilita.

Este creciente interés por la minificción en el terreno de la producción literaria propició también la emergencia de aportes de críticos especializados como David Lagmanovich, Laura Pollastri, Lauro Zabala y Francisca Noguero Jimémez, quienes han sistematizados los rasgos genéricos de esta especie y han analizado el tratamiento que el mismo ha recibido generosamente en la literatura española y latinoamericana.

Si ajustamos más la mirada hacia la producción regional, debe destacarse la sostenida producción de minificciones en el ámbito del noroeste argentino (NOA). Los trabajos pioneros de César Alurralde prácticamente inauguraron, en la región, la edición de volúmenes especializados en el género con sus *Cuentos breves* (1984), tarea que se continuó posteriormente en *Cuentos bonsáis* (2006) y *Cuentos para leer con lupa* (2013). Otros autores como Rogelio Ramos Signes, David Slodky y, en particular, varias escritoras (como Susana Quiroga, Mónica Undiano, Nélica Cañas, Mónica Cazón, Ildiko Nassr y Patricia Calvelo), vienen publicando minificciones de manera recurrente, lo que testimonia la saludable continuidad de la escritura del género en el NOA.

En esta tradición previa podría pensarse quizás la escritura de Lucila Lastero, quien había trabajado previamente la minificción en piezas que se editaron en antologías, como *Monoambientes. Microrrelatos del noroeste argentino*, compilada por Ramos Signes en 2008, y ahora con *Regreso en breve*, el libro que presentamos, inserta una apuesta decididamente más personal en el tema con un volumen que creo es el primero que publica una autora salteña dedicado íntegramente al género.

Si bien en *Regreso en breve* no existe una unidad temática que articule todos los relatos, hay varias líneas de sentido que aparecen de manera itinerante en el tomo,

donde los textos se van hilvanando, a partir de las posibilidades de continuidades y ecos, paralelismos y superposiciones temáticas, que articulan los contenidos del libro. La muerte, el tiempo y la violencia se instalan como algunos de los más sintomáticos en los textos.

Mientras avanzamos en la lectura, el trabajo de orfebrería que distingue la textura discursiva de la minificción acerca el despliegue de sus estrategias narrativas más frecuentes. Así, es importante subrayar la presencia de formas de intertextualidad discursiva, entre las cuales se destaca el uso de la parodia. Varias minificciones usufructúan estas alternativas de resignificación con la tradición literaria previa, propiciando distanciamientos y acuerdos con los que es posible ir trazando modos sugerentes de la propia genealógica literaria que reconstruye este volumen. De este modo, explícitas y sugeridas referencias a Augusto Monterroso, Julio Cortázar, Franz Kafka, los mitos clásicos grecolatinos, los cuentos populares maravillosos o las leyendas urbanas, organizan los soportes de la tradición literaria cuya recuperación privilegian estos relatos.

Por otra parte, el volumen aparece trasminado por una autorreflexión sobre los propios recursos compositivos, de modo que va enunciándose una verdadera poética sobre el género de la minificción, tal como puede advertirse en la metaescritura humorística de *Unión*: «Se buscaron, se chocaron, se apelmazaron, se mezclaron. Se fusionaron en un ritual monocorde de salivas y sudores. La cópula había sido perfecta. Supieron que en cada uno de ellos había quedado algo del otro, para siempre. Algo que se había vuelto propio pero sin dejar de ser ajeno y dialéctico. De esa unión nació un hermoso hijo, de rasgos faciales híbridos y dueño de un temperamento complejo y multifacético. Se llamó Intertexto». Como ya puede apreciarse, el humor y la sutil ironía constituyen otro de los rasgos unificadores del libro. Hay, pues, una dosificación sostenida e inteligente de pequeños giros coloquiales, donde la broma, el chiste y la frase ingeniosa van macerando un discurso que, al tiempo que sorprende por la ingeniosidad de lo dicho, relaja por la familiaridad casera del tono. Así, dos impensados fantasmas dialogan en el cementerio de *La Paz*, un ángel supersticioso destruye un espejo que no lo satisface, una señora aprovecha el domingo en la rutina domesticada por las tareas del hogar.

Las caras oscuras de lo cotidiano aparecen con su pizca de absurdo, por ejemplo en *Despojo*: «Alcancé la plata al recepcionista. Dejé mi equipaje en la sala de espera. Dejé mi nombre y mis datos completos asentados en el registro de visitantes. Cuando llegué a aquella habitación, no tenía dinero, ni equipaje, ni sabía cómo me llamaba». O muestran su costado embrutecedor en *Equidad*: «Ellos eran una pareja perfecta y compartían todo. Las salidas, los libros, la ropa, y hasta el mismísimo teléfono celular. Pero un desafortunado día, ella descubrió, en el teléfono compartido, extraños mensajes de texto dirigidos a él. Eran de otra mujer. Hubo gritos y reproches. Él juró y rejuró que era inocente y que jamás le había dado su número de teléfono a aquella otra. La herida tardó en curarse. Hoy son nuevamente muy felices. Volvieron a compartir las salidas, los libros, la ropa, el cepillo de dientes. No hubo más infidelidad y todos los conflictos fueron solucionados: ahora cada uno tiene su propio celular».

Esta estrategia potente que es el humor aparece empleada de forma efectiva en varios textos, en una gama que va de la ingenuidad *naif* al punzante humor negro. De

esta manera y lejos de lo que podría esperarse ante tanto despliegue de usos lúdicos del lenguaje, en varias oportunidades, la escritura no desaprovecha, por ejemplo en *La viuda*, la posibilidad inesperada de esgrimir su visión sarcástica de la vida desde claras complicidades femeninas: «El esposo de la Mary la quería mucho. Es por eso que la llenaba de regalos y de caricias. Sólo que las caricias eran un poco raras, dejaban un color como morado... Pero el esposo de la Mary murió el mes pasado, pobre. Apareció con un puñal clavado en el pecho, porque entraron ladrones a la casa, me contó la Mary, qué terrible... Ahora ella quedó solita y se fueron el amor, los regalos y las caricias. Ya ni siquiera tiene rastros de aquellas marcas de color morado. Tan solita y olvidada... por eso no creo, no, no creo en esos dichos maliciosos que andan desparramando que la ven feliz y risueña, derrochando alegría en todas las esquinas».

Transitando así por diferentes carriles, los de la ironía y el sarcasmo, por las esferas absurdas o siniestras de la vida o apelando a la reescritura reveladora en la que se (des)dicen las tradiciones literarias, el libro de Lucila Lastero regala estos bocadillos que asombran, refulgen inesperadamente, y nos ayudan a reflexionar, con el sacudón de un parpadeo, sobre aquellas obsesiones que como sujetos todavía nos siguen desvelando. Deseo, entonces, que este pequeño muestrario que acabo de presentar estimule a futuros lectores para emprender recorridos personales con el libro, a sumergirse en ese paréntesis inquietante que la lectura de *Regreso en breve* nos propone a cada paso.

Carlos Hernán Sosa
(CONICET - Universidad Nacional de Salta)